

LA ESTRELLA DE CHILE.

Año I.

Santiago, octubre 20 de 1867.

Núm. 3.

SUMARIO.

Lujo i miseria.—Gaula: leyenda indiana.—Apuntes históricos sobre el teatro de Santiago.—Noche de luna.—Poesías.—La Semana.

Lujo i miseria.

(Conclusion.)

Lujo lleva envuelta la idea de esceso, alarde i ostentacion. Gastar lujo de palabras significa hablar demasiado, sin objeto útil, solo por hablar. Cuando se dice que algun escritor gasta lujo de erudicion se entiende que hace alarde de ciencia indijesta, que multiplica las citas sin objeto, solo por mostrar una instruccion que talvez no tiene.

Entre los objetos materiales que se llaman riquezas, talvez no haya ninguno que en algun caso dado no pueda satisfacer una necesidad lejitima. Por este motivo no podrá decirse en términos absolutos que tal o cual artículo es necesariamente articulo de lujo. Cuando tratamos de conocer si algun objeto de consumo es o nó articulo de lujo, nos fijamos inmediatamente en las circunstancias de la persona que hace el gasto i en el carácter de la necesidad que se propone satisfacer.

El economista no distingue ni debe distinguir entre las necesidades lejitimas i las ilejitimas, cuando solo hai que tratar del móvil que determina la produccion i a que satisface el consumo. Pero cuando se habla de lujo, del mal uso que se hace de las riquezas, sino se quiere confundir el lujo con la prodigalidad o con lo que llaman los economistas consumos involuntarios, hai forzosamente que prescindir del carácter ciego de la necesidad económica i distinguir entre las diversas necesidades, las lejitimas de las ilejitimas.

En efecto, hai muchas necesidades económicas que son vituperables a los ojos de la moral, necesidades, no del hombre virtuoso, que cumple con sus deberes, sino del hombre corren-

pido i de sus bajas pasiones, no verdaderas necesidades, sino necesidades de lujo. La gula i la lujuria (1) son el abu-o de los placeres que pueden proporcionar al hombre los sentidos, por consiguiente los consumos que tengan por objeto dar alimento a estas pasiones, no satisfacen necesidades verdaderas, sino necesidades de lujo.

Con la ayuda de la filosofía del lenguaje podemos ya formular la verdadera definicion del lujo. Lujo es el consumo cuyo fin es satisfacer necesidades económicas vituperables a los ojos de la moral, principalmente las del orgullo fundado en la ostentacion i el fausto i las de la gula i lujuria.

Segun esta definicion, pueden gastar en lujo tanto el rico como el pobre. No se atiende en ella ni a la naturaleza de los efectos consumidos, ni a la importancia de los consumos; a que sean mas o ménos valiosos, ni a que sean mas o ménos necesarios o útiles a la persona que los hace, segun el juicio que de ello cada cual pueda formarse; sino únicamente al carácter de las necesidades a que son destinados a satisfacer.

El lujo en el sentido que le hemos dado i tal como lo hemos definido, es indudablemente contrario a la riqueza de un pais, porque no solo distrae al trabajo i al arte de la elaboracion de objetos que pueden ser para lo futuro una fuente de nueva i mayor produccion, sino tambien porque el hábito de los consumos de lujo contribuye de un modo poderosísimo a aniquilar las facultades físicas i morales del hombre, único agente activo de la produccion.

El lujo que ántes habia sido considerado como un elemento de riqueza, que tuvo el honor de ser cantado por los poetas i encomiado por publicistas notables, con la difusion de los estudios económicos, ha llegado a ser

(1) Es de notar que 'lujo i lujuria se derivan de una misma raíz en nuestro idioma. En ingles una misma palabra, expresa ambas ideas, *luxury*; i así en otros idiomas.

pues con nuevo brillo que no menguara hasta el fin de los siglos, la ciencia humana abandonada a sí misma, tropezó con la monstruosa desigualdad de las condiciones humanas, en contró al débil al lado del fuerte, al lado del hombre inteligente al ignorante i al lado del rico que nada en la opulencia al pobre que nada en la miseria. Impotente para remediar el mal, lo sancionó i lo reagrávó. Así vemos a los pueblos antiguos pisotear a cada paso las leyes de la humanidad. La esclavitud pasó a ser el estado natural de las tres cuartas partes de los miembros de la especie humana. Pero no solo la esclavitud que convertía en cosa del mas fuerte o del mas rico al mas débil o al mas pobre, sino tambien el sacrificio de victimas humanas i el infanticidio deshonraron a muchos pueblos bárbaros i civilizados.

La esclavitud es la consecuencia práctica, razonable de la negacion de la caridad. Si el pobre no tiene el derecho de exigir del rico lo necesario para saciar su hambre i conservar su vida, el rico no tendria tampoco el deber de llenar las necesidades del pobre; la esclavitud será un bien para la miseria i una institucion ventajosa, porque, aunque a precio de la libertad, el hombre conserva siquiera su vida.

A los que caian en la miseria los condenaba la antigüedad a la muerte o a la esclavitud; pero como la civilizacion católica ha creado una admirable conciencia pública rica de ideas nobles i sentimientos, segun la brillante expresion de un sabio moderno, ya no ha sido posible recurrir a ninguno de los extremos de que echaban mano los antiguos. De un modo o de otro ha sido necesario que la lei de la caridad se cumpla.

Ha habido espíritus rectos, pero extraviados, que justamente conmovidos a la vista de la miseria, i no pudiendo ya conservarse de los recursos de los antiguos, han proclamado el comunismo como la panacea contra la miseria i la desigualdad de las condiciones de fortuna. Han bebido talvez sin quererlo los sentimientos humanos i elevados que ha encarnado en el mundo la civilizacion católica; pero conformándose al espíritu que anima-

ba al divino Legislador, han querido desobedecer sus mandatos i alterar su obra.

Jesucristo en efecto ha sido el verdadero fundador del régimen de la propiedad que impera en todas las naciones civilizadas. El enseñó la verdadera igualdad, la igualdad en la virtud ante El. Enseñó al pobre a mirar la riqueza como un don peligroso i la pobreza como un título honorífico i, al rico el respeto al pobre, a mirar en poco sus riquezas i en mucho la caridad; a todos el respeto a la propiedad ajena i el amor del trabajo.

La economia política donde se liga de un modo mas estrecho con la moral, es en la cuestion del lujo i en la de la miseria, dos cuestiones correlativas i solidarias, porque la miseria del pobre no se puede socorrer sino con lo que se quite al lujo del rico.

La esclavitud fué el remedio pagano de la miseria, el comunismo el remedio anticristiano; solo la caridad es el verdadero remedio, el remedio católico.

"Res aliena possidentur cum superflua possidentur" dice uno de los doctores de la Iglesia. "La propiedad es el robo", dice Proudhon. La primera afirmacion es la fórmula valiente i acabada de la caridad cristiana; la afirmacion impia de Proudhon es la última palabra que dirá la ciencia anticristiana, la falsa ciencia sobre el problema del lujo i de la miseria. I sin embargo, si la caridad cristiana no existiera, razonables serian el comunismo o la esclavitud.

GUALDA.

(LEYENDA INDIANA.)

I.

Todos conocen cuan larga i sangrienta fué la lucha empeñada, en tiempo del coloniaje, entre los indómitos araucanos i los conquistadores españoles.

El amor a la libertad, que era un precepto para aquel pueblo salvaje, elevó muchas veces a los indijenas a la categoría de mártires i de héroes.

La guerra de la Araucanía, con sus grandes i sangrientos episodios, mereció los honores de la epopeya.

Los tercios españoles, vencedores siempre en grandes batallas i tenidos por ello como invencibles, tuvieron que retroceder ante el violento empuje de aquellas huestes indisciplinadas, pero que se precipitaban sobre ellos como el torbellino.

Grandes capitanes que habian obtenido sus grados en los campos de batalla, vinieron a ponerse al frente de los soldados de la conquista; i sin embargo, ni su habilidad ni su prestigio pudieron hacer que una victoria definitiva fuese el premio de sus esfuerzos.

Los araucanos, venidos hoy pero vencedores mañana, luchaban con tan infatigable tesón, que los ejércitos españoles solo podían considerarse dueños del territorio que pisaban.

La astucia i el número suplían a la ciencia guerrera de los españoles i a la superioridad de las armas europeas.

Resultó de aquí que la Araucanía pudo presentar al mundo el raro ejemplo de un pueblo débil que supo conservar su independencia sin perecer.

El ardor guerrero de aquellos bárbaros se encontraba encendido, además del amor a la patria, por el ardor varonil de las mujeres indígenas que, segun parece, no conocían las debilidades de su sexo.

La tradición conserva, sobre todo esto, bellísimos episodios.

La leyenda que hoy publicamos tomada de la historia i en que entra por muy poco la imaginación, probará lo que decimos.

II.

Muy cerca de la noche de uno de los últimos días del mes de abril de 1557, uno de los muchos bosques que rodeaban la ciudad de la Concepción presentaba un aspecto extraño.

En el centro de un claro que se hallaba casi en el medio de la selva, veíanse plantadas en el suelo una lanza gigantesca i otro instrumento que a la vez parecía insignia i arma de combate.

Cerca de la lanza habia una inmensa fogata cuyas llamas rojizas proyectaban sinestros resplandores sobre los semblantes atezados de un centenar de individuos.

Estos eran indios que se encontraban sentados en el suelo, inmóviles como estatuas, sumerjidos, al parecer, en una somnolencia estúpida.

A una distancia conveniente, las mujeres de los indios cuidaban de sus caballos.

Pocos momentos pasaron así. Interrumpió aquel silencio monótono el ruido que formaron los indios al levantarse para recibir a su jefe que llegaba.

Era éste el célebre Caupolicán.

Las ceremonias que allí tuvieron lugar i los discursos que despues se pronunciaron, dieron a conocer que aquello era una junta de guerra.

En aquellos días habia llegado a Concepción don García Hurtado de Mendoza, encargado por el virrey del Perú de la pacificación de la Araucanía. Los indios se preparaban para combatirlo, i aquella asamblea tenia por objeto deliberar sobre los medios mas a propósito para hacerlo con éxito.

Caupolicán propuso que se enviase embajadores al jefe español con pretestos de paz, pero en realidad con el objeto de conocer cuáles eran sus recursos i el verdadero estado de sus fuerzas.

En aquella reunión se hizo notar por su fogosa elocuencia i audaz resolución un joven cacique llamado Pilgueno, que por primera vez iba entónces a medir sus armas con los españoles.

—Juremos, dijo, por la memoria de nuestros abuelos, defender hasta derramar la última gota de nuestra sangre, este territorio en que reposan sus sagrados restos.

Los indios recibieron estas palabras con grandes alaridos, i el juramento se hizo invocando a Pillán el jenio del mal. Al hacerlo blandían sus macanas con furia como si ya marchasen al ataque.

Con esto se dispersaron; i de esta suerte concluyó el *leptu* o consejo de guerra.

El embajador se puso en marcha para el campamento español.

Los demás indios se entregaron a la borrachera con que terminan siempre sus fiestas i reuniones.

Solo dos de entre ellos no los acompañaron. Caupolicán que se retiraba del bullicio para coordinar en el silencio sus planes de salvación de su raza, i Pilgueno que se dirigía a su choza, situada a poca distancia de allí, a atender a su joven esposa que, probablemente, aquella noche debía darle el primer hijo.

III.

La esposa de Pilgueno se llamaba Gualda.

Era muy joven i tenia aquella hermosura salvaje pero atractiva que tanto resalta en la raza araucana.

Las duras líneas de su rostro, sus ojos grandes, negros i expresivos, todo el conjunto de aquella fisonomía inspiraba simpatía i afección, al mismo tiempo que revelaba la altivez de una alma heroica.

Hacia poco menos de un año que se habia unido con el simpático Pilgueno, el joven mas gallardo de todos los que se hallaban al frente de un *ucanmapo*.

Gualda, como casi todas las mujeres de los indios, siguió a su esposo en su expedición. No le arredraron ni las fatigas de un largo viaje ni el estado en que se encontraba. Todo supo vencerlo con una constancia varonil.

Dos días habian pasado.

En la mañana siguiente a la noche del consejo, Gualda habia dado a luz un hijo.

La mañana estaba hermosísima. Un bri-

flaute sol de otoño alumbraba los bosques i montañas.

Al recién nacido se le puso por nombre *Antequeno*, sol del cielo.

Efectivamente, aquel tierno infante era el sol de la felicidad que aparecía en el cielo sereno del amor de ambos esposos.

El embajador enviado a don García había vuelto, i aquella misma noche debía atacarse el fuerte que protejía a los españoles.

Todos se preparaban para el próximo combate. Pilgueno había entrado a su choza para despedirse de su esposa i de su hijo.

Gualda lo recibía sonriendo.

—Esta noche debo partir; Gualda, ¿nos volveremos a ver?

—¿Por qué nó? ¿Acaso piensas ser vencido? Un araucano nunca piensa en la derrota cuando marcha a combatir.

—Es verdad; pero no cuando deja tras de sí un hijo i una esposa, es decir, su corazón i su felicidad.

—Pilgueno, tu nunca conociste el miedo.

—Ni lo conozco aun; pero los *huincas* (soldados españoles) disponen del rayo i mandan a los truenos: nosotros somos débiles, podemos ser vencidos i morir.

—¿I a qué pensar ahora en la muerte? Si los *huincas* son poderosos, también lo son los hijos de Arauco. Es Pillán el que les presta sus rayos, i ya los sacrificios hechos habrán inclinado en nuestro favor al espíritu de la noche i de los abismos.

Mientras Gualda hablaba, Pilgueno, fijos los ojos en su hijo que dormía, lo abarcaba con una mirada de inmenso amor.

Acercóse a él conmovido i le besó en la frente, al mismo tiempo que decía a su madre que también se acercaba para besarla.

—I si muero, Gualda ¿qué será de nuestro hijo?

—¿Nuestro hijo?..... nuestro hijo será siempre digno de su padre i de su nación. Morirá libre pero no vivirá esclavo.

—Gracias, Gualda. Ahora no puedo tener las iras de *tipaini-pilli* (la muerte). Dame un abrazo que ya es hora de partir i ruega a *Willepibae* [ser omnipotente] por nosotros.

Los dos esposos se abrazaron tiernamente pero sin derramar una lágrima. Pilgueno era el que parecía mas conmovido.

Cofió su lanza i su macana, púsose sus insignias de toqui i salió.

Gualda entretanto se ponía de rodillas, i en una súplica dolorida como un último suspiro, pedía al buen espíritu que librara a su esposo de las armas de los *huincas*.

Sol del cielo era el único que permanecía en su hamaca indiferente a estas escenas.

¡Pobre niño! apenas contaba tres días de existencia!

IV.

Al amanecer del día siguiente principió el ataque del reducto en que se asilaba don García.

Al romper el alba, los alaridos de los indijenas, elevados en son confuso pero terrible hasta los cielos, avisaron a los españoles que los indios estaban allí, al pie de sus fortificaciones, provocándolos a un duelo a muerte.

Seis piezas de artillería rompieron entónces sus fuegos; los arcabuces de los soldados dirijian sus punterías a los pelotones de indios que venían como las olas de un mar alborotado a estrellarse contra los parapetos improvisados de la fortaleza.

Al rededor de éstos se había construido fosos profundos, para impedirles acercarse a escalar las murallas.

En ménos de dos horas los fosos estuvieron cegados i los araucanos los atravesaban pasando por sobre los cuerpos palpitantes de sus compañeros.

Algunos jefes de los mas arrojados, despreciando aquel horrible puente de seres humanos que agonizaban, llegaron al otro lado por medio de un salto prodijioso: presábales alas la ceguedad de su cólera.

Pocos de entre éstos lograron escalar el muro i mantenerse dueños de un reducido espacio de su cima, haciendo prodijios de valor.

Tucapel, Rengo, Tallueno i otros, parecían en aquel instante mas que hombres, fieras; mas que seres humanos, gigantes de nueva especie, invulnerables, terribles como el espíritu de la destruccion i de la muerte.

Era una ansia salvaje de matanza i de sangre la que impelía a aquellos bárbaros, que no solo quisieran devorar a los españoles, sino arrancar de su base la colina en que peleaban para volcarla i precipitarse todos en los abismos que quedaran bajo de ella.

El combate seguía, cada vez con encarnizamiento mayor, hasta que los indios se vieron obligados a desalojar los puestos que habian conquistado a fuerza de audacia i mantenido con un valor que sale fuera de los límites de lo creíble.

La lucha siguió en el llano, donde fué mas giganteca, si cabe, que la habida en la colina, que quedaba cubierta de cadáveres.

Pilgueno descollaba allí al lado de los caiques de mas nombradía.

Don Martín de Elvira, caballero español, peleando cuerpo a cuerpo con el caeico Gracolano, perdió su pica, que el bárbaro se llevaba en triunfo.

Un tiro de arcabuz lo derribó, pero la pica quedó plantada allí, como invitando a su dueño a recobrarla.

Antes de que lo hiciese, Pilgueno se avanzó a ella i comenzó a blandirla dando alaridos de triunfo.

Encendiéndose con esto el coraje del español, que miraba en aquella arma perdida un testimonio de su vergüenza.

Precipitose de improviso contra el indio, i en una lucha cuerpo a cuerpo, que duró cerca de media hora con diversas alternativas, el español consiguió recobrar su pica, derribar a su adversario i ultimarle, dándole tres puñaladas en el corazon.

El combate siguió así por mucho tiempo, pero ya los indios iban en retirada.

Las armas de fuego de los españoles habian diezmado horriblemente sus filas.

Al caer de la tarde la batalla cesó, i los españoles i los indios se retiraron; aquellos a sus cuarteles, éstos a su campamento a prepararse para nuevos combates.

V.

Un silencio lúgubre i solemne reinaba algunas horas mas tarde en aquel campo, inmenso cementerio creado en un momento por las furias de los hombres.

Al estruendo de la lucha habian seguido ruidos vagos de quejas, ayes i lamentos. I despues, nada mas.

La blanquecina luz de la luna tomaba en la superficie de la tierra un color rojizo; parecia, en su diáfana transparencia, impregnada de vapores de sangre.

De repente un ruido sordo se elevó a la distancia, rui lo que a cada momento se hacia mas perceptible.

Lo formaban una gran multitud de mujeres indias que marchaban en direccion al lugar de la batalla.

Llegadas allí principiaron a cumplir con el deber que las llevaba.

Iban a buscar los cuerpos de sus esposos muertos en la pelea para sepultarlos en el lugar que les estaba destinado.

¡Qué espectáculo aquel!

Esas valerosas mujeres, vagando a media noche por un campo de desolacion, -mudas, silenciosas, severas, como las almas de los aparecidos, a quienes presta forma una imaginacion asustadiza.

I luego, despues, esos fantasmas que huian llevando en hombros cadáveres mutilados, restos disformes de seres humanos, que el cariño adivinaba ser los de un esposo querido.

I todo aquello engrandecido, mistificado por el silencio, por las circunstancias, por el ademan misterioso de aquellas sombras que conducian otras sombras e iban a perderse en la oscuridad.

¡Oh! todo eso parecia ser una horrible pesadilla, alguna de esas escenas increíbles de dramas en que juegan seres fantásticos, sombras, cadáveres, espectros i demonios!...

Gualda estaba allí entre aquellas mujeres. La esposa del infeliz Pilgueno habia ido a buscar su cuerpo llevando en brazos a su hijo, que lloraba sin descanso.

Todas las indias volvieron a sus chozas;

solo Gualda quedó en el campo revolviendo cadáveres, sin poder hallar el objeto querido que buscaba.

—¿Dónde estás, Pilgueno? le decia. ¿Porqué no me respondes? ¿Qué no oyes el llanto de tu hijo?.....

Pero nada mas que un eco indescriptible era su respuesta.

Era que todos aquellos cráneos hendidos volvian a la desgraciada esposa, en ecos lúgubres, los ayes de su dolor.

—Respóndeme, Pilgueno. Soi yo, Gualda, la que te llama.... Es tu hijo, Sol del cielo, luz de tu alma, vida de tu corazon, el que te busca para reanimarte con su sonrisa i devolvete a mi amor.....

Pero nada; siempre ese mismo silencio, esa misma calma fria, glacial, aterradora, que helaba la sangre, que comprimía el corazon.

Al venir el alba, Gualda encontró por fin a su esposo, cubierto por las ramas de unos matorrales que lo habian ocultado a sus ojos.

Pero ya no era tiempo de llevarlo. Sus fuerzas se habian agotado con las fatigas de aquella noche, i ántes de que pudiese arrancarlo de aquellos sitios, seria descubierta, talvez hecha prisionera, i no conseguiria que el cuerpo de su esposo no fuese echado en la fosa comun que pronto se abriria para todos los muertos en la refriega.

I el dia avanzaba a pasos de gigante.

Al vago resplandor del crepúsculo, iba sucediendo una luz, ténue aun, pero mas viva.

Era preciso decidirse.

Gualda, entre tanto, parecia meditar. Indudablemente queria tomar alguna resolucion.

De repente se pone de pié, besa en la frente aquel cuerpo inerte, estrecha contra su corazon aquel otro corazon frio que ya no responde a los latidos del suyo, i parte.

¿A dónde va?

Va a buscar al jeneral español para pedirle aquellos restos que a él de nada le sirven, pero que son todavía para ella un tesoro inestimable.

VI.

Don García Hurtado de Mendoza recibió con mucha amabilidad a aquella india que solicitaba audiencia.

—¿Qué es lo que pides? le preguntó.

—Una gracia, señor.

—¿Cuál?

—Que me permitais llevar el cuerpo de mi esposo para darle sepultura.

—¿Cómo te has atrevido a llegar hasta aquí?

—Es que soi esposa i madre, i vos debeis saber que las madres i las esposas reciben de la naturaleza una fuerza superior a la de las demas mujeres para intentarlo todo, para hacerlo todo por los seres que aman.

—Pero no podías tener esperanza alguna de que yo, enemigo de tu raza, accediese a tu solicitud.

—Por el contrario, señor. Yo sabía que erais hombre i que teniais corazon. Yo sabía que si os hablara en nombre de mi amor de esposa i de mi amor de madre, vos no podríais resistir a mis súplicas. Os hubiera preguntado si teníais hijos, i, mostrándoos el mío, hubiera dejado que su sonrisa inocente o sus inocentes lágrimas os hubiesen hablado por mí. Habría pronunciado el nombre de vuestra madre, i al oírlo, lo creo firmemente, no hubierais podido negarme lo que os pedía. Señor, os hubiera dicho, mi esposo ha muerto, pero vos podeis devolverme su cuerpo; dad este triste consuelo a esta mujer desamparada i a este pobre recién nacido, que siempre sabrán agradeceros semejante beneficio.

Don García escuchaba a Gualda con una atención profunda mezclada de curiosidad.

Conocía perfectamente que aquella india no era un ser vulgar, i meditaba un medio de aprovechar para el cristianismo aquella inteligencia tan despejada i aquel corazon tan grande.

Al cabo de un momento le dijo:

—Te concedo lo que me pides, pero con una condicion.

—¿Cuál, señor?

—Que te hagas cristiana.

Gualda vaciló, pero solo un instante.

—Acepto, dijo.

Probablemente le importaba poco cambiar de relijion, como quiera que la suya no le inspirase confianza i que el único culto de su corazon i de su alma era el amor de su esposo.

Dos soldados conducidos por Gualda fueron a traer el cuerpo de Pilgueno al lugar en que esta lo habia dejado.

Fuera del reduto se abrió una sepultura i Pilgueno fué enterrado allí.

Sobre ella se plantó una cruz.

Gualda recibió en el bautismo el nombre de Magdalena.

VII.

El curso de esta relacion, cuyos hechos todos son estrictamente históricos, está probando euan elevados sentimientos cabian en el pecho de aquellos bárbaros a quienes se quiso privar hasta de la inteligencia i de la racionalidad.

Las indias amaban a sus esposos con un cariño tierno, apasionado, sin límites.

Sus esposos les correspondian con un amor igual.

No eran, pues, los araucanos bestias feroces que solo obraban por un instinto ciego de destruccion i de matanza, semejante al que impele al lobo a devorar al cordero, al tigre a la pantera a devorar al hombre.

Pero prosigamos.

Sobre la tumba del infortunado Pilgueno nacieron muchas flores.

Era que Gualda con solicito cariño las habia plantado allí i las regaba diariamente con sus lágrimas.

Allí pasaba largas horas entretenida en conversar con el objeto de su cariño.

Su hijo la acompañaba siempre.

—Pilgueno, le decía Gualda, ¿por que te obstinas en permanecer mudo? ¿O es que ya no me amas?..... Pero, yo te amo siempre, i quisiera que, como antes lo hacias, me dijeseis tu tambien que me amabas.... ¿Acaso allá donde tu resides se olvida a las esposas o se les prohibe amarlas?..... ¿No me respondes?..... ¡Ah! i que pronto te has olvidado de mí!.....

Algunas veces, en días de tempestad, caía la lluvia a torrentes i los vientos soplaban con furia. Pero nada la detenía. Todas las tardes iba a depositar una ofrenda de amor en aquella tumba, triste altar elevado a un desgraciado cariño.

En todas sus visitas repetía las mismas preguntas i las mismas quejas a aquellos restos ocultos a su vista pero cuyo recuerdo llenaba su corazon.

VIII.

Diez i ocho años pasaron así.

Aquella persistencia tenaz en un amor tan singular habia rodeado a Gualda de cierto prestigio supersticioso entre los mismos españoles.

En sus burlas impías por todo lo que habia de mas santo en materia de amor, no se atrevian a profanar con sus sarcasmos aquella especie de solemnidad relijiosa que investian las misteriosas relaciones de Gualda con su esposo difunto.

Sin embargo, su posicion entre los españoles se iba haciendo diariamente mas triste.

Antegüeno habia crecido i todos lo consideraban como esclavo; ¡Llevaba en sus venas sangre araucana!

Todo esto desasossegaba a la desdichada india que idolatraba a su hijo.

Era una noche de julio.

Noche fria i tempestuosa, oscura como el pensamiento de un crimen.

Al pié de la cruz que señalaba la tumba de Pilgueno se veia dos sombras arrodilladas.

¿Erais vosotros, espíritus de la noche, que entreteníais sus largas horas conversando con los muertos?

Las sombras se levantaron.

—Adios, Pilgueno! dice una. Antes de que murieras yo te prometí que tu hijo moriría libre pero no vivirá esclavo. Si creiste que habia olvidado mi promesa, te engañaste. Voi a cumplirla. Puede que algun día me sea dado volver a este lugar; por ahora me ausento, pero aquí queda mi corazon. Yo sé Pilgueno que tu me escuchas; bendíceme,

pues, te ruego, i bendice tambien a tu hijo que en este momento besa la tierra del sepulcro de un padre a quien no conoció, pero que le he enseñado a venerar i amar. Pilgueno, una vez mas, adios!!.....

I aquellas sombras se alejaron con paso lento.

El silencio de la noche, interrumpido por un instante, volvió a reinar mas lúgubre i mas solemne.

El viento silbaba, pero sus voces parecían los ecos prolongado de un ¡ai! inmenso.

¿Será que en esas noches oscuras la naturaleza viste luto, i que las voces de los vientos, los ruidos de las aguas son otras tantas quejas del mundo que sufre algun intenso dolor?

IX.

En la tumba de Pilgueno se secaron las flores plantadas i conservadas por Gualda.

La india i su hijo habian desaparecido.

Muchos años pasaron, pero todavía se conservaba en Concepcion un recuerdo melancólico de aquella india, tipo de la buena esposa.

Pero ese recuerdo se iba borrando poco a poco.

Si no hubiera sido por la cruz que, vieja i carcomida, se conservaba aun, hasta se habría olvidado el lugar del sepulcro de Pilgueno.

No obstante, de tarde en tarde, se reavivaba ese recuerdo.

Era cada vez que llegaba noticia de alguna nueva hazaña de un cacique llamado Antegüeno, que se presumía ser el hijo de la india.

Era, en efecto, el hijo de Gualda que aborrecía a los españoles, por mas que su madre, que le habia enseñado a amar a su patria i a su padre, le aconsejara que no odiase a los que le habian permitido pasar tranquila durante muchos años al lado del sepulcro de su esposo.

Las hostilidades entre españoles i araucanos continuaban; pero como la victoria no se decidía por ninguno, se acordó una especie de tregua para celebrar un parlamento.

Este tuvo lugar cerca de Concepcion.

Aprovechándose de esta oportunidad, muchos indios, llevados por una curiosidad muy natural, fueron a visitar la ciudad.

Iba entre ellos una india anciana, aquejada talvez por alguna enfermedad, siquiera no fuese otra que su vejez.

Pero su rostro macilento i su andar vacilante indicaban claramente que algo sufría.

La acompañaban tres indias mas que la ayudaban i la asistían.

El sol se habia ocultado ya i la india se dirijia al campo.

Vagó por los alrededores de la ciudad hasta muy entrada la noche.

Fatigada talvez se sentó a descansar calmamente en el mismo sitio en que muchos años ánte se habia enterrado a Pilgueno.

La noche avanzaba i la india no se movía de su asiento. Parecía aletargada.

Escucháronse primero suspiros comprimidos, despues sollozos ahogados.

Al fin la india se incorporó.

—Pilgueno, dijo, aquí me tienes otra vez: Anciana i enferma, la nieve que ves en mi cabeza no ha apagado el cariño en mi corazón. Tu hijo es digno de tí; regocijate, esposo mio, conmigo..... ¿Cuán distinta está esta tumba de lo que yo la dejé? Ya no hai en ella ni yerbas ni flores.... ¿Cómo es posible que yo haya estado separada tanto tiempo de tí?..... Siempre mudo, siempre!..... Pero yo soi una loca, los muertos no hablan nunca. ¿I por qué será esto?..... Pilgueno ¿has sentido mi ausencia? ¿No estrañaste, cuando me alejé, que mis lágrimas no penetrasen a calentar tu frio cuerpo?..... I cómo me parece que respiro mejor estando junto a tí!..... Por un momento voi a ocupar tu lecho; me quedo a dormir aquí.....

I la anciana se acostó i se durmió.

Al dia siguiente las indias que la acompañaban salieron a buscarla.

Se llegaron a ella, la hablaron, la tocaron.....

Estaba helada.... habia muerto....

En aquel mismo sitio cavaron un hoyo i la enterraron.

Gualda reposaba al fin al lado de su esposo.

Unidos por el amor en la vida, unidos tambien sus restos en el seno de la tierra, Gualda i Pilgueno no se separaran jamas.

Máximo R. Lira.

Apuntes históricos sobre el teatro de Santiago.

(Conclusion.)

VII.

En 1849, se construyó un teatro de poca capacidad; pero, elegante i bien situado, a poco mas de una cuadra de distancia de la plaza de armas. Se abrió con una mala compañía dramática, lo que ocasionó la quiebra de la empresa a los pocos meses de trabajo. Este teatro concluyó por un incendio en 1857, despues de haber servido para que Miss Hayes, soprano de reputación europea, diera algunas escenas de *Norma*, *Profeta*, *Linda* etc.

En su género es indudablemente lo mas notable que se ha oído en esta